

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

La prisionera

A la busca del tiempo perdido, v

el paseo | central, 38

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

MARCEL PROUST

La prisionera

A la busca del tiempo perdido, v

Edición anotada y puesta al día
de Mauro Armiño

el paseo, 2024

Título original: *À la recherche du temps perdu*
La Prisonnière

© de la traducción, prólogos y notas: Mauro Armiño, 2024

© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2024

www.elpaseoeditorial.com

1.ª edición: mayo de 2024

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL

Cubiertas: Jesús Alés

Corrección: César de Bordons Ortiz

Impresión y encuadernación: Imprenta Kadmos

I.S.B.N. (OBRA COMPLETA) 978-84-19188-07-6

I.S.B.N. (VOLUMEN) 978-84-19188-12-0

DEPÓSITO LEGAL: SE-447-2024

CÓDIGO THEMA: FBC

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España

Contenido

NOTA SOBRE LA OBRA PÓSTUMA, por Mauro Armiño	IX
<i>La prisionera</i> (<i>A la busca del tiempo perdido</i> , v)	1
RESUMEN	477

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Nota sobre la obra póstuma

Cuando el 14 de noviembre de 1913 aparece por primera vez *Por la parte de Swann*, la página par que acompaña a la portadilla del título describe con detalle, bajo el rótulo «Pour paraître en 1914», el proyecto completo de *A la busca del tiempo perdido*, dividido en tres partes; tras ese título liminar se prometen: *La parte de Guermantes* y *El tiempo recobrado*, con expresión detallada de los distintos «capítulos» entre paréntesis:

La parte de Guermantes

(En casa de Mme. Swann. – Nombre de países: el país. – Primeros esbozos del barón de Charlus y de Robert de Saint-Loup. – Nombres de personas: la duquesa de Guermantes. – El salón de Mme. de Villeparisis).

El tiempo recobrado

(A la sombra de las muchachas en flor. – La princesa de Guermantes. – El señor de Charlus y los Verdurin. – Muerte de mi abuela. – Las Intermitencias del corazón. – Los «Vicios y las Virtudes» de Padua y de Combray. – Madame de Cambremer. – Matrimonio de Robert de Saint-Loup. – La Adoración perpetua).

Autor y editor parecen «saber» ya hasta el número aproximado de páginas, pues no dudan en fijar el precio de cada uno de los volúmenes: 3 fr. 50.

El inicio de *La parte de Guermantes* –los tres primeros epígrafes, que terminarían siendo «Alrededor de Mme. Swann», «Nombres de países: el país» y «Primeros esbozos del barón de Charlus y de Robert de Saint-Loup»– ya estaba escrito y, en principio, correspondía a ese volumen inicial que el editor Bernard Grasset componía en su imprenta.

ta en la primavera de 1913: «Nombre de países: el país» dio un salto y los otros dos fueron eliminados de *Por la parte de Swann* para aligerar un volumen cuyo número de páginas, 523, ya parecía excesivo a Grasset; la estancia del Narrador en Balbec se dejaba para el tomo siguiente destruyendo así el equilibrio de «Nombres de países: el nombre» y «Nombres de países: el país»: la construcción inicial que Proust tenía en su cabeza quedaba desestabilizada.

Era el primer «ajuste» de los muchos que terminaron convirtiendo el proceso de gestación narrativa y de edición de *A la busca del tiempo perdido* en el más complejo de la historia de la literatura, incluso si dejamos a un lado los intentos anteriores a la idea que hará germinar el texto definitivo a partir de 1909: en los llamados *Carnet de 1908* y *Cahiers Sainte-Beuve* –Proust escribe estos últimos hasta el verano de 1909–, junto al ensayo teórico, textos de crítica literaria y pastiches, van surgiendo fragmentos narrativos que contienen intriga: un Narrador que, insomne, rememora unas vacaciones en Combray, paseos por dos *côtés* opuestos, estancia a orillas del mar en compañía de la abuela, el primer artículo del Narrador aparecido en el periódico que le trae, al despertarse, la madre, etc. Están ahí, en delgada filigrana, revueltos, difusos, apuntados más que escritos, algunos de los temas capitales que luego pasarán a formar parte, amplificadas y encastradas en otras intrigas mayores y adyacentes, de la *Busca*: desde el amor de Swann por una tal Sonia, hasta el homosexual marqués de Guercy –antecedente del barón de Charlus–, el cogollito Verdurin, un viaje a Venecia, los gritos de las calles de París, el amor del Narrador por una condesa, etc.

Es en 1909 cuando el proyecto proustiano empieza a adquirir forma de novela, que se hace real con la aparición en 1913 de *Por la parte de Swann*. Cuando se desencadena la Primera Guerra Mundial, Proust tiene sobre su mesa las galeradas de pruebas del segundo volumen, titulado, de acuerdo con las previsiones, *La parte de Guermantes*. Pero la corrección de esas galeradas no va a limitarse a las erratas o a meros cambios de algunas frases: los casi cinco años que van desde el inicio de la guerra hasta la aparición de lo que terminaría siendo el segundo tomo, *A la sombra de las muchachas en flor* (1919), suponen para el novelista un enorme trabajo de reorganización de un texto que aumenta y prolifera de forma sorprendente, magnífica, radical, considerable. La actividad de Grasset había quedado paralizada por la contienda, que,

además de dispersar en 1914 a su equipo de colaboradores, terminaría llevando al editor al frente de combate: movilizado en 1916, Grasset hubo de ser recluso en una clínica suiza enfermo de tifus; desde su cama de hospital se vio impotente, ante las continuas quejas que Proust le planteaba y las maniobras de un competidor más fuerte, la *Nouvelle Revue Française*, para no perder a «su» autor. Gaston Gallimard, propietario y director de esta última, después de haber rechazado en 1912, tras un informe negativo de André Gide, el manuscrito de *Por la parte de Swann*, había iniciado, en fecha tan temprana como marzo de 1914, el acercamiento definitivo al novelista: las negociaciones entabladas en 1916 terminaron incorporando la *Recherche* al catálogo de la *Nouvelle Revue Française*, con un Grasset derrotado por la voracidad de la *NRF* y por un autor quejicoso que argüía falsos agravios porque, en última instancia, quería publicar en la editorial más fuerte.

Por otro lado, durante esa tregua provocada por la contienda, se había producido un hecho de carácter biográfico que iba a alterar profundamente el plan narrativo: el joven *chauffeur* de Proust, Alfred Agostinelli, que en mayo de 1913 se había instalado en casa del novelista para huir luego de ella en diciembre, moría el 30 de mayo de 1914, cuando el avión que aprendía a pilotar se precipitó en alta mar, frente a Antibes; la peripecia del amor de Proust por Agostinelli, su huida y muerte iba a germinar narrativamente tras un nombre: Albertine¹. El modesto personaje que aparecía en los borradores de la segunda estancia en Balbec con el de Maria, y que inscribe por primera vez su nuevo nombre de Albertine en una nota del verano de 1913 (*Cahier 13*), se transfigura y crece hasta convertirse, después del Narrador, en el principal protagonista de la *Busca* con 2360 apariciones² y con su presencia o su ausencia como articulación y eje de dos de los volúmenes póstumos: *La prisionera* y *La fugitiva/Albertine desaparecida*.

Pero para que Albertine decida ir a vivir a casa del Narrador y se convierta en su prisionera, no solo falta mucho tiempo en esas fechas, sino que la organización primitiva de la novela va a dar un vuelco: en 1917, la mejoría momentánea del estado físico y de la salud de Proust le

¹ Jean-Marc Quaranta, *Un amour de Proust: Alfred Agostinelli*, Bouquins Éditions, 1921.

² Étienne Brunet, *Le Vocabulaire de Proust*, Ginebra-París, Champion-Slatkine (3 vols.), 1983.

permiten trabajar en todo el manuscrito, desde ese segundo volumen hasta *El tiempo recobrado*. Cuando Gallimard reinicia la edición de *A la busca del tiempo perdido* –retapando los ejemplares no vendidos por Grasset de *Por la parte de Swann* y haciéndose cargo de las pruebas no paginadas de la continuación–, en la portadilla fronteriza del primer título se anuncian las *Œuvres* de Marcel Proust, con la *Recherche* repartida en cinco volúmenes: a esos dos primeros –*A la sombra de las muchachas en flor* se da ya por publicado: sin embargo, no aparecerá en librerías hasta junio de 1919, aunque con pie de imprenta de 30 de noviembre de 1918– se suman, bajo el epígrafe «En prensa»:

La parte de Guermantes

III

Nombres de personas: la duquesa de Guermantes. Saint-Loup en Doncières. El salón de Mme. de Villeparisis. Muerte de mi abuela. Albertine reaparece. Cena en casa de la duquesa de Guermantes. El espíritu de los Guermantes. El señor de Charlus continúa desconcertándome. Los zapatos rojos de la duquesa.

Sodoma y Gomorra – I

IV

Revelación repentina de lo que es M. de Charlus. Velada en casa de la princesa de Guermantes. Segunda estancia en Balbec. Las Intermitencias del corazón. I. Siento por fin que he perdido a mi abuela. El señor de Charlus en casa de los Verdurin y en el trenecito. Las Intermitencias del corazón. II. Por qué dejo bruscamente Balbec, con la voluntad de casarme con Albertine.

Sodoma y Gomorra – II. El tiempo recobrado

V

Vida en común con Albertine. Los Verdurin se pelean con M. de Charlus. Desaparición de Albertine. La pena y el olvido. Mlle. de Forcheville. Excepción a una regla. Estancia en Venecia. Nuevo aspecto de Robert de Saint-Loup. M. de Charlus durante la guerra: sus opiniones, sus placeres. *Matinée* en casa de la Princesa de Guermantes. La adoración perpetua. El tiempo recobrado.

Pero el plan que promete este encarte publicitario también resultará alterado de arriba abajo, aunque conserve sus principales temas, en los tres años que a Proust le quedan por vivir: la víspera del 18 de noviembre de 1922 todavía dictaba a su sirvienta y «secretaria» de

He tenido a la vista, como quedó explicado en el tomo I de esta edición, las cinco ediciones de referencia inexcusable en este momento, compulsando las variaciones y decidiéndome por unas u otras según el caso; quedo deudor sobre todo –aunque no siempre se cite con nombres y apellidos el origen– de las preparadas por Yves Tadié y su equipo de colaboradores para la editorial Gallimard (La Pléiade y Folio), por Jean Milly (GF-Flammarion) y por Nathalie Mauriac y Eugène Nicole (Le Livre de Poche), así como de la edición italiana de Alberto Bertta Anguissola y Daria Galateria, pionera en el trabajo de anotación explicativa del texto cuando aún no se había hecho en Francia. De todas ellas, de las distintas biografías y numerosos ensayos y estudios que ya figuran en la bibliografía del tomo I, deriva mi anotación de los tres títulos póstumos, en la que me he permitido incluir algún pasaje de los borradores por parecerme de interés para la evolución presumible de la intriga –cuando menos son caminos tomados por Proust en los borradores–, y para que el lector pueda apreciar el estado de magma orgánico –vivo, cambiante, contradictorio incluso– en que vivía el texto futuro de la *Recherche* en la mente de Proust. He anotado de modo especial hechos concretos que podrían sorprender dada su incongruencia –no ha de olvidarse que el contenido de estos tres títulos últimos recoge un texto no revisado de forma definitiva por su autor– incluso a una lectura atenta: muertes anticipadas de algunos personajes y sus resurrecciones postreras, pasajes interrumpidos por la intercalación de una larga *paperole* que deriva por otros derroteros y difumina el tema y el sujeto de la oración, etcétera. Y remato este quinto tomo de *A la busca del tiempo perdido* con su resumen, como se ha hecho en el resto de los volúmenes.

M. ARMIÑO

La prisionera¹

A la busca del tiempo perdido, v

¹ La idea inicial de Proust para este y el siguiente volumen de su novela era titularlos *Sodoma y Gomorra III* y *Sodoma y Gomorra IV*, y solo en junio de 1922, cinco meses antes de su muerte el 18 de noviembre de ese año, decidió darles los de *La prisionera* y *La fugitiva* respectivamente. El 14 de noviembre de 1923 se publica por fin en dos volúmenes bajo el título de *Sodoma y Gomorra III, La prisionera*; sobre la última prueba dactilográfica Proust escribió en 1922: «La prisionera (Primera parte de Sodoma y Gomorra III)».

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Desde por la mañana, con la cabeza vuelta todavía contra la pared y antes de haber visto, por encima de las grandes cortinas de la ventana, de qué matiz era la raya de la luz, ya sabía yo el tiempo que hacía. Me lo habían hecho saber los primeros ruidos de la calle, según que me llegaran amortiguados y desviados por la humedad o vibrantes como flechas en el aire resonante y vacío de una mañana espaciosa, glacial y pura; desde el rodar del primer tranvía ya había notado yo si iba aterido por la lluvia o rumbo hacia el azul. Y esos ruidos quizá habían sido precedidos a su vez por alguna emanación más rápida y más penetrante que, filtrada a través de mi sueño, difundía en él una tristeza anunciadora de la nieve, o hacía entonar, a cierto minúsculo personaje intermitente, tan numerosos cánticos a la gloria del sol que estos terminaban por traer para mí, que todavía dormido empezaba a sonreír mientras mis párpados cerrados se preparaban a ser deslumbrados, un ensordecedor despertar musical. Además, fue sobre todo desde mi cuarto desde donde percibí la vida exterior durante ese período. Sé que Bloch contó que, cuando venía a verme por la noche, oía un rumor de conversación; como mi madre estaba en Combray y él nunca encontraba a nadie en mi cuarto, dedujo que yo hablaba solo. Cuando, mucho más tarde, supo que Albertine vivía entonces conmigo, comprendiendo que yo la había ocultado a todo el mundo, declaró que por fin veía la razón de que, en esa época de mi vida, nunca quisiera yo salir. Se equivocó. Por otra parte, se la podía disculpar fácilmente, pues la realidad, incluso si es necesaria, no es completamente previsible, quienes descubren de la vida de otro algún detalle exacto se apresuran a sacar consecuencias que no lo son y ven en el hecho recién descubierto la explicación de cosas que precisamente no guardan ninguna relación con él.

Cuando ahora pienso que, a nuestro regreso de Balbec, mi amiga había venido a vivir en París bajo mi mismo techo, que

había renunciado a la idea de hacer un crucero, que tenía su habitación a veinte pasos de la mía, al final del pasillo, en el gabinete con tapices de mi padre, y que todas las noches, muy tarde, antes de dejarme, deslizaba en mi boca su lengua como un pan cotidiano, como un alimento nutritivo y dotado del carácter casi sagrado de toda carne a la que los sufrimientos que hemos padecido por su causa han terminado por conferir una especie de dulzura moral, lo que evoco de inmediato por comparación, no es la noche que el capitán de Borodino² me permitió pasar en el cuartel, por un favor que en última instancia solo curaba un malestar efímero, sino aquella en que mi padre envió a mamá a dormir a la pequeña cama al lado de la mía. ¡A tal punto la vida, si debe librarnos una vez más de un sufrimiento que parecía inevitable, lo hace en condiciones diferentes, a veces tan opuestas que casi hay un sacrilegio aparente en constatar la identidad de la gracia otorgada!

Cuando Albertine sabía por Françoise que, en la oscuridad de mi cuarto con las cortinas todavía echadas, yo no dormía, no se preocupaba si hacía un poco de ruido al lavarse en su gabinete de aseo. Entonces, a menudo, en lugar de esperar a una hora más tardía, me iba a un cuarto de baño contiguo al suyo y que era agradable. En el pasado, un director de teatro gastaba centenares de miles de francos para constelar de esmeraldas auténticas el trono en que la diva encarnaba un papel de emperatriz. Los Ballets Rusos³ nos han enseñado que simples juegos de luces, dirigidos de manera oportuna, prodigan joyas igual de suntuosas y más variadas. Pero una decoración así, ya más inmaterial, no es tan graciosa como esa otra con la que a las ocho de la mañana el sol reemplazaba la que estábamos acostumbrados a ver cuando no nos levantábamos hasta mediodía. Para evitar que pudieran vernos desde fuera, las

² Capitán de caballería del regimiento de Robert de Saint-Loup, en *Doncieres*, que facilita al Narrador permiso para dormir en el cuartel (véase *La parte de Guermantes*, vol. III, pág. 95, y nota 82).

³ El Narrador ha hablado de los Ballets Rusos, de su habilidad para la escenografía y de la consecución de sorprendentes efectos teatrales con medios escasos en *Sodoma y Gomorra*, vol. IV, pág. 186 y notas 145-151.

ventanas de nuestros dos cuartos de baño no eran lisas, sino todo fruncidas de una escarcha artificial y pasada de moda. El sol coloreaba de pronto de amarillo aquella muselina de cristal, la doraba y, descubriendo poco a poco en mí un joven más antiguo que la costumbre había ocultado mucho tiempo, me embriagaba de recuerdos, como si hubiera estado en plena naturaleza ante unos follajes dorados donde ni siquiera faltaba la presencia de un pájaro. Porque oía a Albertine silbar incansable:

Les douleurs sont des folles,
Et qui les écoute est encore plus fou.⁴

La amaba demasiado para no sonreír alegremente ante su mal gusto musical. Por lo demás, esa canción había entusiasmado el verano anterior a Mme. Bontemps, quien muy pronto oyó decir que era una bobada, de modo que, en lugar de pedir a Albertine que la cantase cuando tenía invitados, la sustituyó por:

Une chanson d'adieu sort des sources troublées.⁵

que a su vez también se convirtió en «esa vieja cantinela de Massenet con que la pequeña nos machaca los oídos».

⁴ «Los dolores son locos, / y quien los escucha más loco es todavía.» Estribillo de *Le Biniou*, romanza popular con letra de Hippolyte Guérin y música de Émile Durand (1830-1903), amigo de infancia de Fernand Gregh, a su vez amigo de Proust. La romanza exalta el *biniou*, especie de cornamusa bretona cuyas melodías tienen el don de calmar todas las penas: «¡Oh, qué bellas melodías suenan! / ¡Oh, cómo adormece en los corazones / la fatiga y los dolores! / Los dolores son locos, / y quien los escucha más loco es todavía».

⁵ «Una canción de adiós brota de fuentes agitadas.» Verso inicial de la última estrofa de *Pensée d'automne*, melodía de Jules Massenet (1842-1912) con letra de Armand Silvestre. «Une chanson d'adieu sort des sources troublées; / S'il vous plaît, mon amour, reprenons le chemin / Où, tous deux, au printemps et la main dans la main, / Nous suivions le caprice odorant des allées; / Une chanson d'adieu sort des sources troublées...» («Una canción de adiós brota de fuentes agitadas; / si quieres, amor mío, tomemos de nuevo el camino / donde, los dos, en primavera y cogidos de la mano, / seguíamos el capricho fragante de las alamedas; / una canción de adiós brota de fuentes agitadas...»). El compositor Massenet, muy apreciado por Proust, había sido profesor de Reynaldo Hann en el Conservatorio.

Una nube pasaba, eclipsaba el sol, yo veía apagarse y retornar a su color gris la púdica y tupida cortina de cristal.

Los tabiques que separaban nuestros dos cuartos de aseo (el de Albertine, en todo igual al mío, era un cuarto de baño que mamá, por tener otro en la parte opuesta del piso, no había utilizado nunca para no hacerme ruido) eran tan delgados que podíamos hablar mientras nos lavábamos cada uno en el nuestro, prosiguiendo una conversación solo interrumpida por el ruido del agua, en esa intimidad que a menudo permite en el hotel la exigüidad del alojamiento y la proximidad de los cuartos, pero que tan rara es en París.

Otras veces seguía acostado, fantaseando todo el tiempo que quería, porque había orden de no entrar nunca en mi cuarto hasta que hubiera llamado, cosa que, debido a la incómoda posición en que habían colocado la pera eléctrica encima de mi cama, exigía tanto tiempo que a menudo, hartado de tratar de alcanzarla y contento de estar solo, permanecía unos instantes casi dormido de nuevo. No es que fuera totalmente indiferente a la estancia de Albertine en nuestra casa. Su separación de las amigas conseguía ahorrar a mi corazón nuevos sufrimientos. Lo mantenía en un reposo, en una cuasi inmovilidad que lo ayudarían a curar. Pero, en fin, aquella calma que me procuraba mi amiga era apaciguamiento del dolor más que alegría. No es que no me permitiera disfrutar de muchas a las que el dolor demasiado vivo me había cerrado, pero esas alegrías, lejos de debérselas a Albertine, que por otra parte ya apenas me parecía guapa y con la que me aburría, a la que tenía la sensación nítida de no amar, las disfrutaba en cambio mientras Albertine no estaba a mi lado. Por eso, para empezar la mañana, no la mandaba llamar inmediatamente, sobre todo si había buen tiempo. Durante unos instantes, y sabiendo que me hacía más feliz que ella, me quedaba a solas con el pequeño personaje interior, saludador canoro del sol y del que ya he hablado.⁶ De los que componen nuestro individuo, no son los más aparentes los que nos resultan los más esenciales. Cuando la enfermedad haya terminado

⁶ De hecho, en uno de los *Esquisses*; véase Proust, *À la Recherche du temps perdu*, ed. Jean-Yves Tadié, París, Gallimard, t. III, pp. 1101-1103.

de derribarlos uno tras otro, en mí todavía quedarán dos o tres que tardarán en morir más que los restantes, en particular cierto filósofo que solo es feliz cuando ha descubierto, entre dos obras, entre dos sensaciones, una parte común⁷. Pero a veces me he preguntado si el último de todos no sería ese hombrecillo extraordinariamente parecido a otro que el óptico de Combray había colocado detrás de su vitrina para indicar el tiempo que hacía y que se quitaba el capuchón en cuanto salía el sol para ponerse de nuevo si iba a llover. Conozco, de ese hombrecillo, su egoísmo; puedo sufrir una crisis de ahogos que solo calmaría la venida de la lluvia, a él le tiene sin cuidado y a las primeras gotas tan impacientemente esperadas, perdiendo su alegría, vuelve a ponerse de mal humor el capuchón. Estoy seguro en cambio de que, en mi agonía, cuando todos mis otros «yo» hayan muerto, si un rayo de sol llega a brillar, mientras lance mis últimos suspiros, el barométrico personajillo se sentirá muy a gusto, y se quitará el capuchón para cantar: «¡Ah!, por fin, hace buen tiempo».

Llamaba con la campanilla a Françoise. Abría *Le Figaro*. Buscaba y constataba que no figuraba en él un artículo, o supuesto tal, que había enviado a ese periódico y que no era, un poco retocada, sino la página recientemente encontrada, escrita tiempo atrás en el coche del doctor Percepied mientras miraba los campanarios de Martinville.⁸ Luego leía la carta de mamá. Le

⁷ En *Contre Sainte-Beuve* y en cuadernos de 1910 ya había esbozado Proust la figura de este filósofo, ese «pequeño personaje intermitente e interior» que supone toda una declaración de poética: la memoria involuntaria que relaciona presente y pasado (a través del sabor de la magdalena, por ejemplo –véase *Por la parte de Swann*, vol. I, págs. 54-56)–, así como el papel que juega la metáfora como forma de comprensión de la realidad por su capacidad de relación.

⁸ El Narrador había escrito ese artículo, su primer texto literario, en *Por la parte de Swann* (véase vol. I, págs. 203-2); en noviembre de 1907 Proust publicó en *Le Figaro* «Impresiones de ruta en automóvil», su primer artículo, que se insertará en *Pastiches et mélanges*, y que, retocado, pasa a convertirse en el primer artículo del Narrador en *A la busca del tiempo perdido*. El motivo de un primer artículo enviado a *Le Figaro* es uno de los elementos claves de la novela, y ya aparece en el *Contre Sainte-Beuve* de 1908: la madre entra en el cuarto del protagonista con un ejemplar del periódico que contiene su primer artículo; pero, en ese primer acercamiento, el artículo trataba el método crítico de Sainte-Beuve, tema de la conversación entre madre e hijo. Si en la novela

parecía extraño, chocante, que una muchacha viviese sola conmigo. El primer día, en el momento de dejar Balbec, al verme tan desdichado e inquieta por dejarme solo, mi madre quizá había sido feliz al saber que Albertine se marchaba con nosotros y al ver que al lado de nuestros propios baúles (baúles junto a los que yo había pasado la noche llorando en el hotel de Balbec) habían cargado en el «trenecito» los de Albertine, estrechos y negros, cuya forma me había parecido la de ataúdes y de los que no sabía si iban a traer a la casa la vida o la muerte. Pero ni siquiera me lo había preguntado, totalmente entregado, en la mañana radiante, después del terror de tener que permanecer en Balbec, a la alegría de llevar a Albertine conmigo. Pero si al principio mi madre no había sido hostil a este proyecto (hablando amablemente a mi amiga como una madre cuyo hijo acaba de ser gravemente herido, y que está agradecida a la joven amante que lo cuida con abnegación)⁹, lo había sido después, cuando se hubo realizado por completo y en demasía, y cuando la estancia de la muchacha se prolongaba en nuestra casa, y en nuestra casa en ausencia de mis padres. No puedo decir sin embargo que mi madre me manifestara nunca esa hostilidad. Como en el pasado, cuando había dejado de atreverse a reprocharme mi nerviosismo, mi pereza, ahora evitaba por escrúpulo –que en ese momento quizá no adiviné del todo, o no quise adivinar– arriesgarse, expresando ciertas reservas sobre la joven con la que yo le había dicho que iba a casarme, a ensombrecer mi vida, a volverme más tarde menos devoto de mi mujer, a sembrar acaso, para cuando ella ya no existiera, el remordimiento de haberla apenado casándome con Albertine. Mamá prefería aparentar que aprobaba una elección de la que suponía que no iba a poder hacerme desistir. Pero todos los que la vieron en esa época me han dicho que, al dolor de haber perdido a su

desaparece esa conversación, sus puntos principales se reparten por toda ella y, sobre todo, en *La prisionera*, en la conversación –más bien monólogo– del Narrador con Albertine (véase *infra*, pág. 372 y ss.).

⁹ Trasunto de un hecho real: en 1894, Robert Proust, herido en un accidente, fue cuidado por la joven Valentine Mestre –a quien, en su correspondencia con Mme. Catulle, Proust no vacila en llamar «pequeña *cocotte*»–, que terminó confraternizando con su madre durante la convalecencia.

madre, se añadía un aire de perpetua preocupación. Esa tensión mental, ese debate interior, daba a mamá un gran calor en las sienes y abría constantemente las ventanas para refrescarse. Pero decisiones, nunca llegaba a tomarlas por miedo a «influirme» de manera negativa y malograr lo que creía mi felicidad. Ni siquiera podía resolverse a impedirme tener provisionalmente a Albertine en casa. No quería mostrarse más severa que Mme. Bontemps, a quien la situación concernía sobre todo y a la que eso no le parecía inconveniente, cosa que sorprendía mucho a mi madre. En todo caso lamentaba haberse visto obligada a dejarnos a los dos solos, marchándose justo en ese momento a Combray donde podía tener que quedarse (y de hecho se quedó) largos meses durante los que mi tía abuela tuvo constante necesidad de ella día y noche. Allí todo se le volvió fácil gracias a la bondad, a la abnegación de Legrandin, quien, sin retroceder ante ningún esfuerzo, aplazó semana tras semana su regreso a París, sin conocer mucho a mi tía, al principio simplemente porque había sido una amiga de su madre, luego porque sintió que la desahuciada enferma apreciaba sus cuidados y no podía pasarse sin él. El esnobismo es una grave enfermedad del alma, aunque localizada, y que por eso no la echa a perder por completo. Sin embargo, al contrario que mamá, yo estaba muy feliz de su marcha a Combray, sin la cual habría temido (al no poder decir a Albertine que la ocultara) que descubriera su amistad con Mlle. Vinteuil. Eso para mi madre hubiera sido un obstáculo absoluto no solo a un matrimonio del que por otra parte me había pedido que todavía no hablase definitivamente a mi amiga y cuya idea se me volvía cada vez más intolerable, sino incluso a que esta pasase algún tiempo en casa. Salvo por una razón tan grave y que ella ignoraba, mamá, por el doble efecto de la imitación edificante y liberadora de mi abuela, admiradora de George Sand y que hacía consistir la virtud en la nobleza del corazón,¹⁰ y, por otro lado, de mi propia influencia corruptora, ahora era indulgente con unas mujeres hacia cuya conducta se

¹⁰ La abuela del Narrador había regalado a su nieto cuatro novelas de George Sand; una de ellas, *François le Champi*, servirá para calmar una crisis de llanto del héroe (véase *Por la parte de Swann*, vol., pág. 48).

hubiera mostrado severa en el pasado, o incluso hoy de haberse tratado de sus amigas burguesas de París o de Combray, pero cuya grandeza de alma yo elogiaba y a las que ella perdonaba mucho porque era mucho lo que me querían. Pese a todo, e incluso dejando de lado la cuestión de las conveniencias, creo que Albertine hubiera resultado insoportable a mamá, que había conservado de Combray, de mi tía Léonie, de todas sus parientes, unos hábitos de orden de los que mi amiga no tenía la menor noción. No habría cerrado una puerta y, en cambio, cuando una puerta estaba abierta, le habría molestado entrar menos de lo que molesta a un perro o a un gato. Lo que le encantaba, aunque fuese un poco incómodo, era estar así en la casa, menos como una muchacha que como un animal doméstico que entra en una habitación, que sale de ella, al que se encuentra donde uno menos se espera y que venía –para mí era un descanso profundo– a echarse en la cama a mi lado, a hacerse en ella un sitio de donde ya no se movía, sin molestar como hubiera hecho una persona. Sin embargo, acabó por adaptarse a mis horas de sueño, no solo no tratando de entrar en mi cuarto, sino de no hacer ruido antes de que yo hubiera llamado. Fue Françoise la que le impuso esas reglas. Era de aquellas sirvientas de Combray sabedoras del valor de su amo y de que lo menos que pueden hacer por él es darle lo que consideran que se le debe. Cuando un visitante no habitual daba a Françoise una propina para que la compartiese con la fregona, apenas había tenido tiempo el donante de entregarle la moneda cuando Françoise, con una rapidez solo comparable a su discreción y a su energía, había aleccionado a la chica, que iba a dar las gracias no a media voz, sino abiertamente y en voz alta, como Françoise le había dicho que había que hacerlo. El párroco de Combray no era un genio, pero también sabía lo que debía hacerse. Bajo su dirección, la hija de unos primos protestantes de Mme. Sazerat se había convertido al catolicismo y la familia se había portado muy bien con él. Se habló de matrimonio con un noble de Méséglise. Los parientes del joven escribieron para recabar información una carta bastante insolente y en la que se aludía con desprecio a los orígenes protestantes. El párroco de Combray respondió en tal tono que el noble de Méséglise, agachando la cabeza y proster-

nado, escribió una carta muy distinta, en la que solicitaba como el máspreciado favor unirse a la muchacha.

Françoise no tuvo mérito en hacer que Albertine respetara mi sueño. Estaba imbuida de la tradición. Por un silencio que guardó, o por la respuesta perentoria que dio a una proposición de entrar en mi cuarto o hacerme pedir algo que Albertine había debido formular de manera inocente, esta comprendió estupefacta que se encontraba en un mundo extraño, de costumbres desconocidas, regulado por unas leyes de vida que no se podía pensar en infringir. De ello ya había tenido un primer presentimiento en Balbec, pero en París no trató siquiera de oponer resistencia y esperó pacientemente cada mañana mi campanillazo para atreverse a hacer ruido.

La educación que Françoise le dio fue saludable además para nuestra vieja sirvienta, calmando poco a poco los gemidos que no cesaba de lanzar desde el regreso de Balbec. Porque, en el momento de subir al tranvía se dio cuenta de que había olvidado despedirse de la «gobernanta» del hotel, persona bigotuda que vigilaba los pisos y apenas conocía a Françoise, pero que había sido relativamente cortés con ella. Françoise quería a toda costa volver atrás, apearse del tranvía, regresar al hotel, despedirse de la gobernanta y no partir hasta el día siguiente. La sensatez y sobre todo mi súbito horror por Balbec me impidieron concederle esa gracia, pero Françoise contrajo por ello un malhumor enfermizo y febril que el cambio de aires no había bastado para hacer desaparecer y que se prolongaba en París. Porque, según el código de Françoise tal como está ilustrado en los bajorrelieves de Saint-André-des-Champs, desear la muerte de un enemigo, dársela incluso, no está prohibido, pero es horrible no hacer lo debido, no devolver una cortesía, no despedirse antes de marcharse, como un verdadero patán, de una gobernanta de piso. Durante todo el viaje, el recuerdo incesantemente renovado que tenía de no haberse despedido de aquella mujer había hecho subir a las mejillas de Françoise un color bermellón que podía asustar. Y si se negó a beber y a comer hasta París, quizá fue porque ese recuerdo le ponía un «peso» real «en el estómago» (cada clase social tiene su patología) más aún que para castigarnos.